

CECILIA GARCÍA DE GUILARTE

LA TEJEDORA DE HISTORIAS

Marina Ruiz

Suelo recordar a mi madre escribiendo, sólo con dos dedos, pero con bastante velocidad, concentrada en el teclado de la Olivetti portátil que vi, por última vez, sobre el escritorio de su casa de Tolosa. A su lado, la pila de cuartillas escritas.

También la recuerdo manejando las agujas de tejer. Tejer debía ser algo así como una manía, porque se llevaba el tejido al cine y tejía viendo la televisión, o con un libro en las rodillas. Quizá, en resumidas cuentas, era una necesidad. De las agujas salieron muchos calcetines de hilaza, color crudo para todos los días, blancos para los domingos. O chaquetas vascas, o bufandas, o guantes... Todo útil dentro de una precaria economía de "refugiados". Igualmente, en la máquina tejía las historias que la vida y la imaginación le iban dictando, que no fueron pocas. Y también por aquello de la economía, tejió metros y metros de artículos, ensayos, columnas y entrevistas para revistas y periódicos, desde su más tierna juventud. Entre mi hermana Ester y yo hay cinco años de diferencia. Durante esos años que fui hija única, ya en el exilio, mis padres cargaban conmigo a todas partes. Y hasta donde alcanza mi memoria, ella era ya "Cecilia, la escritora".

Nació en Tolosa, en 1915. Durante toda su vida en el exilio añoró y amó a su pueblo, con su río, el Oria, que, como ella decía, "podía ser rojo, o azul, o verde" según los tintes que en ese momento utilizara la papelera. En la papelera trabajó, hija de uno de aquellos obreros orgullosos de su clase y de su trabajo, anticlerical y anarquista convencido, de donde, seguramente, le vinieron las firmes ideas de independencia de pensamiento y el compromiso político que siempre la caracterizaron. Y mucho habrá contribuido también una madre, de la que ella decía: "la abuela era vanguardista, en muchos aspectos feministas". De todas formas, la inscribieron en la escuela de monjas, donde aprendió a zurcir, tejer, coser y bordar, tan primorosamente que muchas veces me salvó en la clase de labores, terminando a tiempo el mantel o las servilletas que deberían estar listas para la exposición de fin de cursos del colegio. Conservo dos manteles que lucieron con mi nombre pero que ella bordó en una claramente apreciable mayoría.

Pero ni el trabajo en el taller de la papelera, ni las labores aprendidas en el colegio de las monjas lograron contener su inquietud ni su imaginación. Desde niña fue lectora voraz y, muy jovencita, se desplaza a Madrid, algo extraño para su edad, sobre todo para su época en que el activismo femenino, por claras razones sociales y económicas, era poco numeroso en España. No se habían conseguido todavía ni la igualdad ni el sufragio femenino. Para que se dieran hubo que esperar hasta el año 1931, después de una intensa lucha contra las facciones más reaccionarias del país.

Ella misma relató las peripecias de su iniciación en el periodismo y cómo “viviendo aprendió la vida”. En la serie “Los años de las verdes manzanas”¹ recogió las experiencias de esos tiempos de la preguerra y de gran agitación política que fueron, de susto en susto, la escuela y el inicio de su madurez.

La guerra civil, como siempre ocurre en estas circunstancias, es el inicio de una nueva época para las mujeres. Tienen que asumir las tareas y faenas que dejan los que marchan a los frentes de batalla. Pero en España parece ser el detonador de una actividad más profunda y de una fuerte presencia femenina en todos los campos. Desde los cargos públicos hasta las mismas trincheras.

Al inicio de la guerra mi madre se encontraba en Tolosa. Inmediatamente iniciaría su actividad de corresponsal de guerra que la llevó a las primeras líneas, a los frentes del norte, asignada por la revista *Estampa*, su casa de trabajo. Es allí donde se reencuentra y se casa con mi padre, Amós Ruiz Girón, por aquel entonces Comandante del Batallón Disciplinario de Euzkadi. Lo había conocido en Tolosa, al entrevistarlo para una revista de la CNT. No sé exactamente cuáles fueron las circunstancias que la llevaron a Sabadell, donde nació en 1938, pero es casi seguro que fue precisamente la actividad periodística.

Perdida la guerra, ante el avance de las fuerzas franquistas, inicia el éxodo, con cientos de compatriotas, hasta entrar en Francia a principios del 39, precisamente por la frontera de Cataluña. Algo de lo que pocas veces la escuché hablar, porque era evidente que le resultaba muy doloroso, fue de los campos de concentración a donde se llevó a los refugiados republicanos que lograron llegar a Francia. Sólo sé que allí se perdió el poquísimo patrimonio que, en la retirada, pudo llevarse. Atrás quedaban, creían los que emigraban, la cárcel o la muerte a manos del franquismo. Aunque de otras muertes se murió en esos terribles meses. Muchas plumas han relatado los horrores que allí se vivieron. Enriqueta Tuñón y Concepción Ruiz Funes, en su libro *Palabras del Exilio. Final y comienzo. El Sinaia* (1982), hablan de quince mil muertos solo en los seis primeros meses. Algunos, muy pocos, lograron huir, otros, con tal de salir, se enrolaron en la Legión Extranjera y muchos, también, partimos en diferentes expediciones a un azaroso exilio que nos desperdigó por el mundo.

Sin ninguna esperanza de regresar a España y ante la invasión alemana a Francia, los republicanos empiezan a movilizarse por todos los rumbos. El viaje a América fue de por sí una aventura. Muchas veces escuché a mi madre el relato de esa travesía, con la emoción y el agradecimiento que conservó toda la vida por el país y por el que era entonces su presidente, el General Lázaro Cárdenas del Río, a quien logró conocer y entrevistar varias veces, invitada a su casa de Jiquilpan, en el estado de Michoacán.

Viajamos mis padres y yo a bordo del trasatlántico *Cuba*, de matrícula francesa, uno de los últimos barcos con refugiados que logró salir. Teníamos como destino original la República Dominicana. Un depósito monetario, hecho por el Gobierno de la República Española, garantizaba

nuestra entrada. Pero la República Española había caído y el general Leónidas Trujillo, sanguinario dictadorzuelo de la isla, simplemente, bajo amenazas, negó la entrada. Cuarenta días a la deriva, con más angustia que alimentos y agua, ante las alternativas, a cual peor, de volver a Francia y, consiguientemente, a España y las ejecuciones o las cárceles franquistas, o desembarcar en la Isla del Diablo, en la Guayana francesa, por entonces un vergonzoso penal, antesala de la muerte.

Afortunadamente llega la respuesta del general Lázaro Cárdenas a una llamada de auxilio de los varios intelectuales que viajaban en el *Cuba*, declarando que “MÉXICO RECIBE CON LOS BRAZOS ABIERTOS A TODOS LOS ESPAÑOLES”. Se pone fin a la odisea en julio de 1941, fecha de arribo al puerto veracruzano de Coatzacoalcos. En la serie *Un barco cargado de...*,² muchos años después, se derramó la nostalgia de mi madre por un viaje que, si bien implicaba la derrota, la llevaba a ella con el futuro intacto y las esperanzas por delante.

Y sí, quizá el México de Cárdenas recibía a los refugiados “con los brazos abiertos”, pero el otro, el México de las clases privilegiadas, el profundamente clerical y germanófilo, el dueño del dinero para comprar periódicos y conciencias, había hecho ya su labor. Con la ayuda de antiguos residentes españoles, la campaña contra el presidente, que amenazaba latifundios y prebendas, abarcó también la llegada de “los rojos, comunistas y ateos” y envenenó, si no todo, si gran parte del ambiente con el que fueron recibidos.

Los primeros años del exilio fueron muy duros. Había que buscar trabajo para sobrevivir. Los refugiados trabajaron arduamente en todo lo que se presentó. Como representantes de casas comerciales, de medicamentos, sobre todo, muchísimos españoles recorrieron México de punta a punta. Recuerdo a un amigo de mis padres, abogado y catedrático en España, que vendía tortas en un minúsculo local en el que sólo cabía el mostrador y, muy escasamente, una pequeña mesa con sus cuatro sillas.

Para mi madre fueron aquellos años de una intensa actividad la cual se inició muy poco después del arribo a la ciudad de México. Enterados de su profesión de periodista por entrevistas que se hicieron entre los recién llegados, los directivos del periódico *Rumbo*, perteneciente al sindicato de Petróleos Mexicanos, le ofrecieron pagarle por una serie de artículos sobre la guerra civil española. De ese y otros temas escribió, durante mucho tiempo, en *Rumbo*.³

Ya instalados en la capital del país, algunas de las puertas que tocó se abrieron. Incursionó inclusive en la radio donde hizo, entre otros trabajos, una serie de transmisiones sobre las diferentes entidades federativas del país. Recuerdo uno de los programas que se difundían por Radio Mil, “El mundo de los sueños”, al que asistí varias veces, cuando hizo falta una voz infantil.

Creo que su trabajo inicial no fue para ella el ideal, pero le compensaban sus colaboraciones en periódicos como *Gernika*, de Buenos Aires, o *Euzko Deya*. *La voz de los vascos*

en México, que clandestinamente circulaba también en España, su incansable y personal labor en novelas, ensayos y obras de teatro, o asistiendo como oyente a varias clases en la Universidad que, por falta de papeles y certificados, no pudo cursar como alumna regular.

Militó, durante su estancia en la capital mexicana en Izquierda Republicana de Euzkadi y acudía regularmente a las juntas del partido, en el primer edificio que albergó el Centro Republicano Español que, por lo demás, era sede de casi todos los partidos que se formaron durante el exilio. Fue, asimismo, socia fundadora del Ateneo Español de México, creado en 1949, y formó parte de la primera mesa directiva del mismo. El Ateneo es el centro documental más importante del exilio español en México.

Siendo muy joven escribió varias novelas cortas, publicadas en España. Algunas otras se publicaron en México durante los primeros años de estancia. En 1944 aparece *Nació en España*, novela prologada por don Álvaro de Albornoz, que fuera presidente del Gobierno en el exilio, abogado, escritor y gran amigo de mi madre. *Nació en España* si no autobiográfica, sí está claramente guiada por las primeras experiencias del destierro, que definitivamente marcaron a los que, en todos los géneros, hicieron la literatura del exilio. La autora la califica como “novela, o lo que el lector prefiera”. Como novela se queda, porque reúne los elementos que caracterizan al género: un argumento y unos personajes bien delineados interactuando en la trama.

Cualquiera que os de muerte, que obtuvo el “Premio Águilas” en 1969, y *La soledad y sus ríos*, Mención de Honor en el Premio Gabriel Miró 1975, son ya de su producción española. Algunas de las hechas en México no llegaron a ver la luz. Según el prologuista de *Cualquiera que os de muerte*, “es un magistral y dramático relato, justamente galardonado con el Premio Águilas”. En *La soledad y sus ríos*, según Ángel Palomino, “los personajes más sustantivos son los femeninos, personificación de la mujer fuerte, capaz de hacerle cara al destino sin parecerse al hombre”.

De su producción teatral se conocen tres obras:⁴ dos de ambiente mexicano, *El camino y la cruz* (2001) y *Contra el dragón* (1954), ésta última premiada por el Instituto Mexicano de la Juventud, y representada en el Teatro de Bellas Artes de la capital mexicana. *La trampa*, con prólogo de Niceto Alcalá-Zamora, escrita y publicada también en México, en 1958, recrea el ambiente intolerante y cerrado de la alta burguesía española de posguerra. “Un drama captado con clarividente agudeza femenina, que es una invitación a la reflexión y la concordia”, según opina Alcalá-Zamora

Creo, pero no puedo asegurarlo, que su ensayo *Sor Juana Inés de la Cruz, claro en la selva*, editada en Ekin de Buenos Aires en 1958 y reeditada en 1970 en Bilbao, como *Juana de Asbaje, la monja almirante* (1970) son los libros por los que ella sintió más cariño. Ensayo también es su biografía *El padre Hidalgo, libertador* (1958), escrita ya durante la estancia en Sonora.

Largo sería enumerar los cuentos, que por los diferentes temas tratados, ella llamó “variopintos” y, mucho más, los artículos y entrevistas que publicó, a través de tantos años de trabajo periodístico.

La comisión dada a mi padre, de crear un vivero de olivos en el desierto de Altar nos trajo a Sonora. Primero a Caborca, entonces un pequeño pueblo donde su actividad periodística se concretó a las colaboraciones que enviaba por correo y a la creación de varias novelas, entre ellas *Una pizca de esperanza* (inédita), de ambiente sonorenses. Nuestro traslado a Hermosillo, la capital del Estado, significó el reinicio de su actividad. Periódicos Healy que editaba por ese entonces *El Imparcial*, matutino y *El Regional*, vespertino, la incluyó, única mujer, en su planta de redactores. Fue, además, la iniciadora de las páginas culturales de ambos diarios.

En la Universidad de Sonora trabajaban los pintores Higinio Blatt, valenciano, director de la Academia de Dibujo y Pintura, su esposa, Karle Garmendía, vasca, oriunda de Pamplona, maestra de la misma Academia, y Emiliana de Zubeldia, también de Pamplona, directora de la Academia de Música. Resultó fácil organizar grupos de alumnos para clases de Historia del Arte, Teatro y Literatura, en las que mi madre y todos ellos impartieron cátedra. Estas clases contribuyeron grandemente a aumentar el nivel cultural de los alumnos de las academias, en las que anteriormente solo se daban las materias directamente relacionadas con el estudio y, además, sentaron las bases para la posterior transformación de las academias en Departamentos de Arte donde ahora se da una educación integral tanto práctica como teórica.

También en la Universidad, desempeñó el cargo de Directora del Departamento de Extensión, durante el período del Rector Luis Encinas. Allí fundó la *Revista de la Universidad de Sonora*, como órgano de difusión de la obra de las facultades y academias de arte de la Universidad, donde se dio voz a intelectuales y científicos sonorenses, como los historiadores Horacio Sobrado y Carlos Moncada, o los poetas Abigael Bohorquez y Mosén Francisco de Ávila. Colaboraron, gracias a sus contactos, intelectuales tan renombrados como el filósofo Eduardo Nicol, el jurista José Gomís Soler y la escritora Silvia Mistral, todos exiliados españoles, el poeta Carlos Pellicer y el mismo Alfonso Reyes, al que la unió una afectuosa amistad. Desde la Universidad fomentó, asimismo, el intercambio con otros institutos culturales y difundió a otras ciudades y espacios la actividad artística de las academias por medio de exposiciones, conciertos y representaciones, alentando la labor de muchos jóvenes que entonces se iniciaban. Uno de ellos, el poeta Abigael Bohorquez, de quien publicó varios poemas y semblanzas en las páginas culturales del periódico.

Como directora de Extensión Universitaria y socia del Ateneo Español de México, organizó allí una “Semana de Sonora”. Entre otras actividades, con la asistencia de varios reconocidos poetas, se hizo la presentación, con gran éxito, de Abigael Bohorquez. Muerto prematuramente hace diez años, Bohorquez llegó a ser considerado uno de los grandes poetas de México. Toda su vida reconoció y agradeció el apoyo recibido de mi madre en sus inicios.

Un grave accidente automovilístico que la mantuvo relativamente inactiva y las noticias de la muerte, en la península, de algunos parientes y conocidos, la obligaron a reflexionar sobre la edad de sus padres y el largo tiempo de separación, avivando su deseo de regresar. Digo que el accidente la mantuvo inactiva solo relativamente, porque aun sin salir de casa, con los brazos enyesados y casi sin poder andar, se las arregló para escribir los artículos del periódico y mandar sus colaboraciones usuales. Tomó la decisión de renunciar a la Universidad, se concentró en el periódico y empezó los trámites para conseguir una amnistía personal que, al volver a España garantizase su vida y libertad bajo el régimen franquista. El trámite duró dos años. Desde España siguió colaborando en *Novedades*, periódico de la capital, de circulación nacional. En Periódicos Healy, inició una serie que llamó "Hermosillo en el Recuerdo", llena de reminiscencias y nostalgia por una tierra y una gente que nunca pudo olvidar.

BIBLIOGRAFÍA

TUÑÓN, Enriqueta y Concepción Ruiz Funes. *Palabras del Exilio. Final y comienzo. El Sinaia*. México: INAH, 1982.

GARCÍA DE GUILARTE, Cecilia. *Nació en España*. Prólogo de Álvaro de Albornoz. México: Editorial Mijares, 1944.

-*Cualquiera que os dé muerte (Todas las vidas)*. Barcelona: Editorial Linosa, 1969.

-*La soledad y sus ríos (El indio mi compadre)*. Madrid: Magisterio Español, 1975.

-*Sor Juana Inés de la Cruz. Claro en la selva*. Buenos Aires: Ekin, 1958.

-*El Padre Hidalgo, libertador*. Sonora: Universidad de Sonora, 1958.

-*Juana de Asbaje, la monja almirante*. Bilbao: 1970.

-*Trilogía dramática*. Edición de Maravillas Villa. Donostia: Editorial Saturrarán, 2001.

-*Un barco cargado de...* Edición de Maravillas Villa. Donostia: Editorial Saturrarán, 2001.

¹ Conjunto de artículos publicados en *La Voz de España de San Sebastián* de marzo a octubre de 1968 en los que rememora su estancia en Madrid en los años de preguerra, de 1935 a 1936. Están recogidos en *Un barco cargado de...* (2001).

² Conjunto de artículos publicados en *La Voz de España de San Sebastián* de enero a marzo de 1972 en los que evoca su viaje desde España a México, de febrero de 1939 al verano de 1940. Están recogidos en *Un barco cargado de...* (2001).

³ En *Trilogía dramática* (2001) se recoge una extensa bibliografía de Cecilia García de Guilarte, elaborada por la profesora Maravillas Villa.

⁴ Recogidas en *Trilogía dramática* (2001).